

Nedy Varela

Cerrojos

Busco el cerrojo de la noche.
El silencio es un nido de ausencias.
El olvido arruga los papeles.
El frío borra el título del cuento.
Abro las puertas
de los vuelos atardecidos
sobre el suspiro de las alas ausentes.
En la línea del horizonte
la lluvia encanta los cristales
con sus pasos de baile

La muerte de los ángeles

Silencio
en el círculo de fuego.
Espasmos de alas
cuelgan de las lanzas.
Ojos
inyectados de misterio
permanecen hipnotizados.

Un último aliento
cierra la luz.

Vuelo a destino

Atardece.

Un vuelo huye,
se disuelve en el aroma gris de la ceniza.

Ahora es apenas
un parpadeo sobre el horizonte.
La orilla lo llama a compartir
las partículas amarillas de los huesos.

Atardece.

Un vuelo va encaneciendo el sol
en cada trino.

El eco suspende las preguntas
que no tienen respuesta.

Viene desde lo profundo
el vuelo del grito de la vida.
Se empaña de a poco
entre las grietas de las manos.

Vuelo con las alas robadas
dejando plumas
arrancadas de cuajo
por los oscuros dientes
del misterio.

Robert Jara

¿Cómo podría consolarme no ser el único jodido?

Una tumba abraza
a mi animal mayoritario
bebedor de agua con tenedores viejos

Llueve flores. Hay inmunidad a la fiesta

Hay ganas tutelares de no tener ganas *y de irse*
como quien uno no se quiere ir
cansado de soezar muelas pa'dentro
muelas pa'fuera
ignorado unánimemente por el aroma terrígeno

Hay ganas cervicales de auparse a la estatura del jolgorio

pero ni recuerdo cómo retretar

Exijo / avestruz / un disparo en la oreja de la sordera
un beso en la cojera del ronco

Cojo el sermón de las muletas

No boca para afuera mi guarida

¡Travesuro tanto, ah(í), como cualquiera!:

Mulatas florecitas adoro maliciosamente mulato

Travesuro hastiado de chamba / hastiado de ocio

¡Rica la (h)erradura!: se(d) a polillas, aunque prematuro el camposanto

¡Tanta lejura!

y—o—p—a—l—a—b—r—a: puente de estrellas difuntas / o abismo

¡Tanta lejura!

Mejor oigo el *raj—raj* que musican mis uñas
cuando rasco mi cuero posibilitario de piojos

¡Tanta lejura!

Como blanca risa pende un verso en la cruz amoratada

y—o—p—a—l—a—b—r—a: eco que difumina en la curva(h)erradura
casi nunca presa del relente ajeno
casi nunca puente del soslayo
casi nunca colilla del ocio
casi siempre cría del ramalazo

Pobre
a veces tan dura
a veces tan polvo
a veces tan puta con los eruditos

Pero eso sí *futura* no faltará un colón jactándose de tu rumia(dera)

¡Tanta lejura!

Aletean sonidos aguardentosos

Tantean un eco en el muro de la honda-nada

No se amodorren: ¡Añiquen la sordera!

y—o—p—a—l—a—b—r—a: puente hilvanado de años
de esperanzas
que bostezan más allá de un cuerpo innecesario

Camila Chary

3.

Si pudieran las palabras
-como las piedras-
sepultar los cuerpos que se amaron.

Si pudieran erigir templos al olvido,
reales templos
por los que ya no cruzaran
el cuerpo y su temblor.

Si pudieran asegurarnos
que lo sencillo fue el
milagro con toda su tragedia,
aquello pequeño que pasó

bello
profundo
como el giro estremecido
de una hoja
que se inclina hacia la tarde
roja de vida
y obediente.

5.

Hemos escrito una enorme casa,
su imagen generosa de altos
principios

y descascarada piedra.

Construida sobre el polvo
su quietud es reflejo que contiene
lo que afuera deseamos: una raíz
torcida
para colgar al viento
el cuerpo cansado.

Para Abril

12.

Se recuesta a la fina sombra de la
cama dormida gruñe con las patas
corre la pradera lejos del trueno.

Su hocico se estira desde el sueño
y huele mi mano de pan
de luz mi mano que acaricia su
lomo y la trae de vuelta.

7.

Te acordarás de la luz inmóvil
sobre el rostro de tu madre, del
mechón sobre su mejilla
impasible a la ola de los dedos,
al soplo de la tarde
en continua marcha;
recordarás sus cejas pulidas
las zanjias en la frente, su
cuerpo todo
llamado a la frontera.

Te acordarás del fondo del jardín,
de sus grietas como nervios
que lo han hecho más oscuro por
remoto; del mantel y sus signos
derramados bajo un pan renegrido
que urdía la promesa de la sed;
del cigarro en su neblina
velando los ojos de tu padre
y de una naranja en cuyas venas
se anunciaba la intemperie.

Y del polvo,
cómo flotaba entre la casa
cómo resplandecía insistente
cuando la luz lo recobraba de lo hondo
como si desde él
la fragilidad de todo pudiera adivinarse

y su apego a lo más elemental
acentuara el derrumbe de los días.

Recordarás que en abril
las nubes se empuñaban sobre las
montañas
y llovía,
mientras ese polvo
como un dios ligero
acababa por cubrir en la cocina
la densidad del fuego,
el vapor de la leche hervida
para alimentar a los pequeños.

Recordarás este ahora
y el agua en este vaso,
su temblor casi imperceptible
que revela en los objetos que se observan a
través
la opacidad:
un vértigo de extraña
aparición semejante a los
prodigios de lo que te precede.

Sabrás del polvo el deseo de lo que
permanece
en el lugar de lo que hunde,
multiplicidad que reclama en todo lo que
existe
la perdida unidad.

Julie Laporte

De regreso al Origen

Sucede que escuchándote
hablar de tu viaje de cada día
y de cómo a diario mueres,
sin notarlo, sin querer,
caí en la ruta de tu viaje vespertino
y -atestiguando tu recurrente muerte-
presencié también la mía.

Y allí me vi:
Descalza, libre, liviana... iridiscente
en medio de un camino boscoso;
mis pies, caminando en total libertad
sobre un lecho de hojas.

La luz del Sol filtrada por las ramas
de los más imponentes árboles,
cargados de hojas tan vivas
que el mero verde las mantiene
prendidas a las ramas.

Los azules vibrantes, saltando
de emoción...
Intensos e increíbles, con su belleza
capaz de herir los ojos.

El musgo formando
sobre el camino una capa de tal
perfección y suavidad, que cada paso
resulta en una caricia a mis pies...

El río, lecho vivo, fluyendo feliz
y cantarino
con su caudal de aguas transparentes y
cristalinas riendo y amando la vida...
Reconociendo y acariciando cada
roca puesta en su curso.

Mis ojos de alguna manera,
alcanzan a ver la vida bullendo
en cada milímetro de espacio...
Todo brillando ante mí, latiendo ante mí,
palpitando ante mi mirada.

Y en medio de todo este glorioso canto a la
vida,
la comprensión contundente
de que ya el reproche de la existencia
carece de razón y sentido.

La certeza de que
lo único real y permanente
es la alegría de Ser...

Ser por siempre.

Ser por nunca.

Por una eternidad efímera.
Por un segundo eterno.
Solamente.
SER.

Margarita Sastre de Balmaceda

Los pájaros vinieron

a picar

de mi mano.

Se hicieron

mis amigos

con rosado

entusiasmo.

Yo les daba

migajas

y, ellos

me regalaban

alas imaginarias,

jugaban y jugaban.

.....

“Adiós”

—uno me dijo—.

“Me despido mañana”.

Le regalé una perla,

una sola tenía

(lágrima congelada).

Julio César Pol

Para que el tsunami pare con el cuerpo de los pobres

Un devoto de San Fermín esperaba de rodillas
Era el 11 de octubre de 1918
El primer estertor hizo crujir las piedras profundas
En el vientre de su casa y el suyo
El segundo le echó la casa abajo
Sólo quedó en pie un arco del que colgaba
una imagen del santo

Entonces el mar devolvió el minuterio
El tiempo y el agua retrocedían en contra de
la lógica y el reloj
Katsushika Hokusai debió haber
pintado Ese tsunami desde tierras altas
Los ricos huyeron hacia esas tierras
Los pobres no
Los pobres corrieron al mar que los
había alimentado

Ellos fueron
A lo que minutos antes era del mar
Ahora
El aire asfixiaba a los peces sobre la arena
Debajo de los botes
Que el mar mismo había encallado
Las aguas negras continuaban descargando sobre
la bahía

Las mujeres que olían a salitre
Golpeaban la cabeza de los peces con trozos
de coral
Ellas se estremecían con aleteos violentos en sus
faldas roídas
Niños famélicos buscaban las piedras lisas
que habrían lanzado días atrás Con sus cayos
en el cieno
Los hombres curtidos escudriñaban algo de valor
entre isópodos y langostas

Pero el mar regresó
A buscar lo que eran suyo
Y levantó el agua sucia y los peces y el cieno y los
barcos

Cuando el mar se arrastró por la bahía con sus
dedos
Arrancó las puertas de las casas de sus
goznes Chocó entre sí los ladrillos

Mezcló arcilla y sangre
Arrastró las estacas y los caballos
Los cuerpos de los pobres danzaban en el
agua cenagosa que el mar traía Los metía a la
fuerza
A los espacios que fueran los más
exquisitos Arrastró sus pies por recibidores
de pisos de mármol
Los acostó en camas de algodón egipcio
Peinó sus melenas en tinas de porcelana pulida
Los sentó en la cabeza de las mesas de cedro
Los ocultó en sus lacenas entre conservas
Bacalao seco y rabos de longaniza
El mar que los había alimentado desde su
infancia No sentía el más mínimo remordimiento

Cuando el agua se retiró
Y no quedó nada con forma humana
El mar nunca se fue

Por primera vez los ricos le temieron a algo

Sí
El miedo los hizo abandonar las ruinas de las
casas Con vista al mar y al ocaso
Dejaron allí levantar casuchas y residenciales
Para que el tsunami parara con el cuerpo de
los pobres

Los ricos volvieron a edificar sus casas
Y echaron de los montes a los pobres
Con usura perros legales y pagos obscenos
Derribaron humildes casas
Los mandaron al cieno de la costa

Ellos se quedaron arriba
Esta vez en los barrios más altos
Más altos que saña de las olas embravecidas

Arquitectos diseñaron sus casas posicionadas al
ocaso
Para que sus balcones
Poseyeran la mejor vista
Para ver
Algún día
Cómo regresaba el mar

Mi dulce venganza

“Santo que no me quiere
con no rezarle tengo...”
(Refrán popular)

Aquella tarde me senté delante de mi computadora con el único propósito de cumplir con mi rutina diaria --leer mis correos electrónicos y responder a los que así lo requiriesen--, pero pudo más mi tedio momentáneo y opté por *novelerear*¹ un rato por las redes sociales. ¡Qué gran error! Allí hallé algo que no estaba buscando o, mejor dicho, algo que no hubiese querido encontrar *nunca*. Era una foto de *él* --con muchas libras de más y mucho pelo de menos-- aglutinado con unos galanes expirados y trasnochados...tan o más patéticos que *él*.

La dichosa foto la había colocado un amigo mutuo en las redes. Aunque la foto estaba un tanto borrosa y tuve que forzar la vista para apreciarla bien, me di cuenta que era *él*...un *virus* cataléptico en el disco duro de mi memoria. Para mi disgusto, al toparme con aquel rostro, se me revolcaron los recuerdos de lo *no acontecido* que llevaban enterrados muchísimo tiempo. Después de rabiarse por unos instantes, decidí ahogar mi malestar con unas cuantas copas de vino blanco (el que tanto *él* detestaba porque lo consideraba la selección de los malos bebedores) hasta que me olvidé del asunto y caí en los brazos de Morfeo.

.....

Cuando me lo presentaron unas amistades, *él* estaba apoyado en una baranda en el edificio donde yo tomaba mis clases en la universidad. Aunque *él* no era particularmente guapo, ni alto, ni inteligente y mucho menos simpático, me cautivó. Yo creo que aquel *flechazo* se lo puedo atribuir a su olor... el de aquel perfume penetrante y tan varonil que me encantaba.

Desde el principio yo me desbaraté por *él* y hubiera intentado lo que no estaba escrito para conquistarlo. En mi cabeza ideaba mil estrategias para recorrer el sendero de su boca y besarlo hasta que se le anestesiaran los labios.

Descubrí cuál era la fragancia que usaba y la compré. La olía hasta casi endrogame -- como si *él* hubiera estado dentro del frasco-- y hubiera podido aspirármelo todo. Me imaginaba haciendo el amor--de todas las maneras posibles--con *él*. Entretanto, *él* “jugaba al yoyo

-2-

conmigo”. Primero, me creaba falsas expectativas mediante alguna palabra cariñosa o algún roce “como quien no quiere la cosa”. Se me aparecía en mi apartamento y permanecía las horas enteras contemplándome sin mediar palabra. Acto seguido, me sacaba el cuerpo con una actitud de “si te vi, ni me acuerdo.”

Raquel --mi amiga y especie de voz de mi conciencia durante mis años universitarios-- me llamó a capítulo. “¿Qué carajo te pasa? Llevas más de un año persistiendo en tu estupidez. Me preocupa que sigas pendiente de ese *enano*. Ese es un mequetrefe; es tan feo que --cuando la madre lo parió-- crio la placenta y botó a la criatura.”, me reclamó furiosa. Añadió: “Si fuera amable contigo, yo lo entendería. Mas el cabrón se aprovecha de cualquier ocasión para humillarte. Lo que sucede es que tú --mi querida amiga-- constituyes una necesidad para su maltrecho ego. Ese tipo es un acomplejado.... Es un orgasmo al revés. Pese a que no te quiere ni para un remedio, se hincha --como el sapo de la fábula-- por haber logrado que una mujer como tú que se fijase en él. Lo peor de todo es que has descartado unos pretendientes estupendos --por los que muchas se matarían-- por andar detrás de ese pendejo...”

La miré como ausente y sin refutarle nada. Ella tenía razón, pero mi atracción hacia *él* era todavía más fuerte que mi buen juicio. *Él* no perdía la oportunidad de contarle a mis amistades que le gustaban otras, y de sus hazañas con ellas. También lanzaba indirectas muy ofensivas sobre mi persona y qué sé yo cuántas barrabasadas más para que llegaran a mis oídos con el objeto de desalentarme. Gracias a Dios me gradué finalmente de la universidad y pude poner distancia física (porque la emocional ya existía) entre *él* y yo.

.....

Se supone que la distancia debe ser una medicina poderosa, sin embargo, en mi caso solo lo fue parcialmente. Tuve unos cuantos breves --unos nefastos y otros gloriosos-- que no me resultaron lo suficientemente trascendentales para erradicarlo a *él* de mi cabeza y de mi corazón. Cuando sentía el olor de su perfume se me rompía el cuello rastreando la procedencia del aroma porque pensaba que podía ser *él*. Los primeros años tras mi graduación, algunos conocidos y amigos míos se mantenían en contacto con *él*. Por eso, si intuía que podía coincidir con *él* en alguna actividad durante mis días de asueto, me preparaba con meses de antelación con cremas, dietas y ejercicios para ponerme “fabulosa” porque estaba convencida que eventualmente “*él* iba a rendirse a mis pies”

-3-

De hecho, me invitó a una fiesta en su casa para unas vacaciones. En aquella época, yo estaba delgadísima y pude darme el lujo de lucir un conjunto súperceñido para el ágape. Un rubio espectacular --amigo de *él*-- no me quitaba los ojos de encima y se me pegó como un chicle. *Él* no se inmutó ni cuando pudo escuchar la insinuación del rubio: “¡Quién fuera ese pantaloncito para meterme entre tus piernas y más allá!”.

Transcurridas varias horas y mucho brinco, recosté mi cabeza en el espaldar su sofá. Me quedé profundamente dormida por el cansancio y no por culpa del alcohol. Al levantarme, lo sorprendí a *él* soñando en mi regazo. No sé lo que ocurrió, ni cómo terminó en mi falda.... Lo moví con delicadeza para que no se despertara y con mi dedo índice le impregné tiernamente un beso en los labios. Agarré mi cartera y me marché en silencio.

.....

Durante años no me topé con *él* o si lo hacía ambos estábamos acompañados por nuestras respectivas parejas. Nos despachábamos con un saludo obligatorio, rápido y

falsamente cordial. Supe que su primera mujer lo dejó como el “culo de un mono” de tanto dinero que le gastó. Más adelante, se enredó con varias mujeres casadas. Por último, convivió con otra que se hartó de él e incluso no le permite compartir con sus hijos. Yo también he sido bastante desastrosa en el quehacer amoroso, aunque he aprendido a amarme a mí misma a pesar de mis arrugas, de mi gordura y de mis malas decisiones....

.....

Tras el episodio de la foto de *él* en las redes sociales, unas amistades se comunicaron conmigo para que asistiera a una fiesta con la música *sesentosa*, *setentosa* y *ochentosa* de esa que tanto me gusta. A tono con el tema de la fiesta, me vestí a la usanza *disco* y arribé al lugar. Para mi mala fortuna, la primera persona con que me tropecé fue con *él*. Sin saludarme y tan patán como siempre, me gritó delante de todos: “Pero.... ¡Qué gorda estás!” Yo --en completa calma y sin respirar (para no intoxicarme con su olor) -- le respondí: “Pero.... ¿Qué carajo tú estás hablando? Si tú pareces una mortadela.... Además, lo tuyo ya no es calvicie sino una prolongación facial.”

Lo dejé con la palabra en la boca y rojo como termómetro recién extraído del culo de un niño calenturiento. Caminé majestuosa --sin voltearme-- y con una sonrisa de oreja a oreja. Musité: “¡Qué gusto, carajo! Si esto se siente mejor que algunos de los orgasmos que he

-4-

experimentado en mi vida...” Entré a la pista y bailé con los ojos cerrados para disfrutar de la música. El *disk jockey* adivinó mi estado de ánimo y amenizó la venganza --*mi dulce venganza*-- con los acordes de esta canción tan emblemática:

*I will survive
Oh as long as I know how to love
I know I will stay alive
I've got all my life to live
I've got all my love to give
And I'll survive
I will survive...*

El Gato y las Mariposas

No se puede pasar por Yauco sin atisbar ese barrio de casuchas que se elevan jalda arriba al norte de la ciudad. Pintoresco por demás, en sus callejones de tosca y tierra, casi tocando el cielo, se arriman el hambre, la pobreza y la necesidad.

Para muchos “el Cerro”, según se conoce el barrio, es como un mundo truculento del más allá. Allí la pobreza urbana es tanto o más mísera que la sufrida por los *arrimaos* de la caña y del café. Pero no todo es calamidad en una comunidad de gente pobre que representa dignamente el tesón de los jíbaros puertorriqueños. Gente buena vive en estos lares. La mejor vista del valle de Barinas y del río Coayuco que le serpentea se aprecia desde los vetustos balcones del Cerro. Y aunque el casco del



pueblo pareciera distante, el sonido de las campanas de la iglesia alerta sus residentes cuan cerca están para ir a misa, a la plaza, o a cualquiera de las quincallas que abundan en el centro tradicional. Cerca de Dios, lejos de las riquezas mundanas.

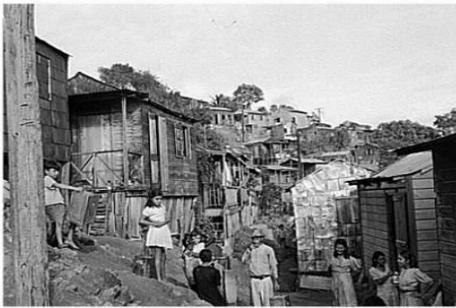
En este ultramundo de vivencias crecía Geño. Un niño que a sus 12 años decidió echar manos a la obra. Algo había que hacer para espantar las mariposas que frecuentemente revoloteaban en su vientre.

Trágicamente, sus mariposas no eran de amores, más bien de hambres cotidianas. Cansado del perenne y escaso menú de sopas de hueso, galletas de manteca y café puya tomó el toro por los cuernos para remediar su situación. “Hay que trabajar y *echar pa’ lante*”, era su nuevo lema de vida.

Algo enclenque y largui-rucho, Geño sabía que no tenía la fortaleza física para cortar caña de sol a sol. Ya había visto hombres desgastarse lentamente en estas faenas y morir en la miseria. Los campos de café eran lejanos y Geño no tenía ni mula ni allegados que lo arrimaran en los productivos cafetales de la comarca. Mientras más pensaba en su dilema, más revoloteaban las mariposas en su vientre. La inconformidad lo inquietaba; “¡algo tengo que hacer si quiero matar esta hambruna!”, se decía. Desde niño, Geño denotaba su impaciencia y mal genio. Eran producto de las frustraciones que sentía al vivir en carne propia la cara mustia de la desigualdad social.

Un día, mientras contemplaba la hermosura de su pueblo tomándose un café puya, se iluminó su entendimiento. Realizó que sus oportunidades estaban más cerca de lo imaginado. Desde su balcón veía un mar de techos de comercios y casas de los adinerados del pueblo. Sus futuros patronos estaban casi a tiro de piedra. Embelesado con la panorámica vista, se preguntaba una y otra vez para que un jibarito de poca escuela podría ser útil. Un fugaz pensamiento le dio la respuesta; “¡soy bueno haciendo mandados!” Hacía tiempo que Geño se

había curtido con excelencia en este quehacer. Buscaba diariamente tres latones de agua en la pluma pública e iba por encargo de la abuela a la plaza de mercado a comprar corteza de mavi. Ocasionalmente, hacía las entregas de los cigarros que elaboraba su tío Justo, el tabaquero. Como un obrero hecho y derecho nunca había fallado a nadie en estas faenas. Penosamente, muchos “Dios te pague mijo” y una que otra ración de mavi en dita habían sido sus únicas recompensas.



El momento para cambiar las cosas había llegado. El plan de Geño estaba trazado al sur de la calle Primero de Mayo. En esta calle moría el pueblo y nacía el Cerro. Era la línea fronteriza entre la madera apolillada y la mampostería, entre las letrinas y los excusados, entre la pobreza y la oportunidad. Ni corto ni perezoso, al día siguiente se puso sus mejores ropas. Salió *emperifollao* “como si fuera pa’ misa” y se lanzó a la aventura de buscar almas pudientes que necesitaran sus servicios. Pensaba que si tenía éxito en su empresa podría cumplir uno de sus sueños más recurrentes; *jartarse* de jamón hasta no poder más. Pobre al fin, Geño nunca había comido jamón. Lo había visto de reojo y hasta olido al pasar por la carnicería, pero el placer de engullirlo alguna vez parecía una quimera. “Comida de ricos” rumiaba sin esperanzas. Después de todo en el

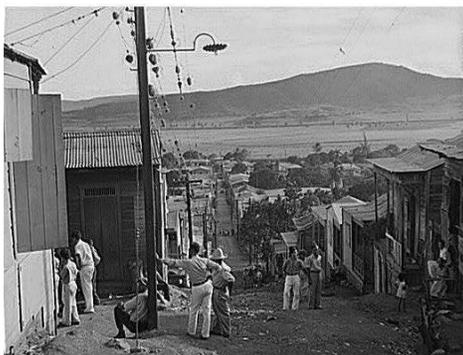
Cerro, barrio pobre y mísero, ninguno de sus vecinos había saboreado semejante delicia.

Con mucho optimismo comenzó a tocar puertas y a pregonar su nuevo servicio de mandados. “¿Necesita que le haga un mandado?” le *espepitaba* a residentes y comerciantes por igual en el opulento casco del pueblo. Muchos fueron los secos NO, las puertas inmóviles sin respuesta y hasta muchas miradas inertes de desconcierto. Aún con sus mejores ropas su facha gritaba “¡soy del cerro!” creando cierta desconfianza entre algunos “riquitos” del pueblo. Pero Geño, cabezón y testarudo desde niño, no se amilanaba fácilmente y continuó pregonando con tesón hasta que su suerte cambió.

Esta vez tocó en una elegante residencia color rosa que tenía tres pares de puertas en el frente. Al ver que se entreabrió la puerta del medio recitó por enésima vez “¿necesita que le haga un mandado?” Sin abrir la puerta completamente, una hermosa señora de tez blanca y ojos azules emergió como ángel del cielo y le ripostó “¿de dónde eres jovencito?” Sorprendido por la pregunta, Geño contestó hábilmente “de la calle Laurel” por aquello de no decir “del Cerro” y arruinar su primera oportunidad. Doña Marta había llegado de Córcega hacía muchos años y su esposo era un conocido hacendado del café. Mirando fijamente a los ojos del larguirucho joven, como si quisiera desnudarle el alma, le dijo; “entra, te voy a enviar a la tienda de don Toño con un encargo, espérame en la sala un momento.”

Nervioso y alborotado entró Geño a la opulenta casa cual plebeyo aguardando audiencia ante el rey. Sentado en la amplia sala se embelesó mirando hacia

arriba. El plafón blanquecino le parecía inalcanzable como las nubes. El piso hermosamente decorado con terrazo español de colores pasteles contrastaba con el de su humilde casita. En el suyo se podían ver las gallinas que habitaban debajo de la casa a través de rendijas y tablas sueltas. Los impecables muebles de caoba y mimbre revelaban la riqueza de la familia. “¿Cómo será el ‘servicio’ de esta casa?”, se preguntó, sin imaginar que los hijos de doña Marta nunca en la vida habían usado una fétida letrina. Hasta el gato, un peludo persa con ojos grandes y penetrantes, denotaba su porte de caché por toda la residencia.



Las instrucciones de doña Marta fueron precisas. “Vas a la tienda con esta lista (una libra de arroz, dos cebollas, una cuarta de jabón añil, una libra de habichuelas y media libra de **jamón**). Cuando regreses voy a estar durmiendo la siesta. Deja todo sobre el chinero menos el jamón, este lo pones en la primera gaveta porque si no se lo come el gato. Mañana vienes para otro mandado y mi esposo te pagará un rial.”

Velozmente salió Geño a realizar su primera encomienda. Don Toño, un viejo lento y meticuloso, le despachó la nota completa y sin contratiempos. Este sería el comienzo de una larga y fructífera carrera empresarial, pensaba Geño para sus adentros.

Al regreso, el aroma de la media libra de jamón lo hacía fantasear una vez más con la idea de “*jartarse* hasta el reviente.” Las recurrentes mariposas se avisparon en su vientre recordándole que ya era de tarde y apenas tenía un café puya en sus entrañas. Tentado, puso su nariz en la bolsa y aspiró profundamente. Las mariposas enloquecieron. “Si yo fuera rico comería jamón todos los días” pensaba mientras llegaba a casa de doña Marta. Al abrir la puerta el gato peludo lo recibió con aires de autoridad. Percibiendo el exquisito olor que emanaba del encargo el persa se relamía y maullaba sin cesar. Hasta se encaramó en el chinero con cara de pena como rogando un pedazo del rico jamón. Solo hablar le faltó al insistente felino.

Mirando al inquieto persa y mientras las mariposas revoloteaban a su máximo nivel Geño tuvo un pensamiento pecaminoso; “si me como un poquito de este jamón fácilmente le puedo echar la culpa a este gato *cachoso*.” Sin pensarlo dos veces pellizcó el jamón y probó el maná del cielo. Manjar de reyes que casi lo embriaga de placer. Era al fin como lo había soñado; carnoso, jugoso y sabroso en demasía. “Come más caramba que el gato paga esta cuenta”, le susurró una vocecilla interna. El pobre persa, como sabiendo la injusticia que le vendría encima, maullaba amargamente y sin cesar. Casi en estado de trance, Geño se comió todo el jamón en menos de lo que canta un gallo. Al fin las mariposas fueron saciadas. Asustado y con cargo de conciencia dejó todo como mandó doña Marta, pero el papel celofán que envolvía el jamón lo dejó sobre el chinero para inculpar al gato burgués.

Al salir de la opulenta casa, ni la saciedad de su estómago le consolaba su

espíritu contrito. Por primera vez la ausencia de mariposas lo hicieron sentir mal. Esa no fue la enseñanza y los valores que le inculcaron en casa, si se enteran seguramente le darían la pela del siglo “pa’ que aprenda y pa’ que respete.” Aun cargado en su conciencia, pensó no dar la cara y complacerse con la experiencia de haberse atosigado media libra de jamón de primera calidad. Con este dilema, esa noche fue la noche más larga de su vida. El cuerpo saciado y su alma vacía y acongojada. Pero llegó la mañana siguiente y decidió enfrentar a doña Marta asumiendo su responsabilidad. No sabía cuál iba a ser su reacción, pero su conciencia pesó más que su hambre.

Armándose de valentía tocó a su puerta una vez más, tac... tac... tac... Asomándose repentinamente, doña Marta no le dio oportunidad de decir ni media palabra. Con voz trágica exclamó; “! ay mijo si supieras lo que pasó!” Perplejo ante la escena, Geño se friso. Pensó que se le había muerto el marido a la pobre doña Marta. "Olvidaste poner el jamón en la gaveta y el gato maldito se lo comió” exclamó esta vez con cara de penitencia. Era tanta la convicción de doña Marta en la culpabilidad del gato que Geño no tuvo valor para contradecirla. Después de todo, si el dichoso gato hubiera tenido oportunidad seguramente también se hubiera devorado el rico jamón.

Esta fue la primera experiencia de Geño en el mundo laboral. Nunca se sintió satisfecho del pecadillo a cuestras, pero el momento vivido le sirvió para reflexionar sobre los contrapesos que pueden existir entre la integridad y la necesidad. Fue su momento trascendental de vida, el niño convirtiéndose en hombre. Aun cuando doña Marta le ofreció más mandados, los declinó. Sabía que no merecía la confianza que le habían brindado.

Fue una gran pena no poder ofrecerle más sus servicios.

A partir de esta experiencia, Geño decidió firmemente ser un trabajador honesto e intachable por el resto de sus días. Prefirió conformarse con ser pobre y nunca tener que cargar el peso de ganancias malsanas. Nunca olvidaría el día en que, rindiendo valores inculcados, sus mariposas internas lo llevaron a incriminar a un inocente gato persa. Todo por un inmerecido bocado de jamón. Ya hecho un hombre, esta historia la contó hasta el cansancio a sus hijos y nietos. Así les enseñaba que a pesar de las circunstancias más difíciles, las oportunidades que presenta la vida deben aprovecharse con honestidad e integridad. Esta era su lección de vida, así se revuelquen las mariposas y la culpa la pague un triste gato burgués.



Dedicado a Don Eugenio Quiñones (QEPD) e inspirado en sus historias de vida.

(Fotos: Jack Delano. El Cerro de Yauco, 1941)